

PRÓLOGO

*Mazatlán, México
Abril de 2001*

Los rayos del sol resplandecían en tonos rosa a través del cielo, como salpicaduras en el azul que en el horizonte se unía con el azul del agua que bañaba la blanquísima arena de la playa por la que Gage Turner iba caminando. Llevaba sus viejísimas Nike colgando del hombro, atadas con los cordones deshilachados. Tenía el dobladillo de los vaqueros desgastado, y los mismos vaqueros habían visto mejores tiempos y estaban completamente desteñidos en los lugares de mayor roce. La brisa tropical jugueteaba con su pelo, que no se había cortado en, al menos, tres meses.

Gage supuso que, en principio, no presentaba mejor aspecto que los vagabundos que roncaban aquí y allá tumbados en la arena. Un par de veces, él mismo se había visto obligado a dormir en la playa debido a que la suerte no había estado de su lado, por lo que sabía que alguien vendría pronto a espantar a

los durmientes antes de que los turistas que sí pagaban se despertaran y pidieran su café en la habitación.

Por el momento, a pesar de la necesidad que sentía de darse un baño y afeitarse, la suerte estaba de su lado, agradablemente de su lado. Con las ganancias de la noche todavía calentándole el bolsillo, consideró la posibilidad de cambiar su habitación con vistas al mar por una suite.

Hay que aprovechar mientras se pueda, pensó, porque el mañana puede presentarse flaco.

El tiempo se estaba agotando ya: se esparcía como esa límpida arena quemada por el sol dentro de un puño cerrado. El día de su vigesimocuarto cumpleaños llegaría en menos de tres meses y los sueños habían empezado a colársele de nuevo en la cabeza. Sangre y muerte, fuego y locura. Todo eso y Hawkins Hollow parecían estar a un mundo de distancia de este suave amanecer tropical.

Pero todo eso vivía dentro de él.

Abrió la enorme puerta de cristal de su habitación y entró, tirando las zapatillas a un lado. Tras encender las luces y cerrar las cortinas, sacó las ganancias del bolsillo y les dio a los billetes una sacudida descuidada. Teniendo en cuenta la tasa de cambio del día, se había hecho con unos seis mil dólares. No había sido en absoluto una mala noche. En el baño, cogió una lata de crema de afeitar, le quitó la parte inferior y metió los billetes dentro del tubo vacío.

Protegía lo que era suyo. Había aprendido a hacerlo desde que era un crío, a esconder pequeños tesoros para que su padre no pudiera encontrarlos y destruirlos en uno de sus impulsos cuando estaba ebrio. Podía haberse saltado cualquier tipo de educación superior, pero Gage había aprendido unas cuantas cosas en sus ya casi veinticuatro años de vida.

Había abandonado Hawkins Hollow el verano después de graduarse en secundaria. Tan sólo había recogido lo que le pertenecía, había hecho dedo y se había esfumado del pueblo.

Había escapado, pensó Gage mientras se desvestía para darse un baño. Había conseguido mucho trabajo: era joven, fuerte, sano y nada quisquilloso. Pero había aprendido una lección vital mientras cavaba zanjas, cargaba leña y, especialmente, durante los meses que había sudado en la plataforma petrolífera en alta mar: podía sacar más dinero con las cartas que partiéndose la espalda.

Y un jugador no necesitaba un hogar. Lo único que necesitaba era una partida de cartas.

Se metió en la ducha y abrió el grifo del agua caliente, que corrió sobre piel tostada por el sol, músculos fuertes y grueso pelo negro que necesitaba un corte. Pensó distraídamente en pedir café y algo de comer, pero decidió dormir unas cuantas horas antes. Otra ventaja que ofrecía su profesión, según la opinión de Gage, era que podía ir y venir a su antojo, comer cuando tenía hambre y dormir cuando estaba cansado. Él se imponía sus propias reglas y las rompía cuando así lo necesitaba.

Nadie tenía ningún poder sobre él.

No era del todo cierto, tuvo que admitir Gage mientras se examinaba la delgada cicatriz pálida que le cruzaba la muñeca. Para nada cierto, de hecho. Los amigos de un hombre, sus verdaderos amigos, siempre tenían poder sobre él. Y no había amigos más verdaderos que Caleb Hawkins y Fox O'Dell.

Sus hermanos de sangre.

Habían nacido el mismo día, el mismo año. E, incluso, hasta donde cualquiera podía dar fe, a la misma hora. No podía recordar una época en la que los tres no hubieran sido... una unidad. El chico de clase media, el *hippie* y él, el hijo de un

alcohólico abusador. Probablemente no habrían tenido absolutamente nada en común, reflexionó Gage con una sonrisa que le animó el verde de los ojos. Pero habían sido familia, habían sido hermanos desde mucho antes de que Cal les hubiera cortado en la muñeca con su cuchillo de niño explorador para sellar el pacto.

Y eso lo había cambiado todo. ¿O no?, se preguntó Gage. ¿Acaso tan sólo había abierto lo que siempre había estado allí, a la espera?

Gage podía recordarlo todo vívidamente, cada paso, cada detalle. Había empezado como una aventura: tres chicos en la víspera de su décimo cumpleaños de excursión por el bosque, llevando una revista de mujeres desnudas, cerveza y cigarrillos, su contribución; coca-colas y comida basura, contribución de Fox; y una cesta llena de sándwiches y limonada que la madre de Cal había preparado para ellos. Aunque Frannie Hawkins no habría preparado una cesta con comida de haber sabido que los tres amigos iban a acampar esa noche en la Piedra Pagana, en el bosque de Hawkins.

Ese calor húmedo, recordó Gage, y la música del radiocasete y la total inocencia que llevaban junto con las galletitas y las chokolatinas, y que habrían de perder completamente antes de salir del bosque el día siguiente.

Gage salió de la ducha y se secó el pelo, que escurría agua, con una toalla. Ese día le dolía la espalda por la paliza que su padre le había dado la noche anterior. Los moratones le palpitaban cuando se habían sentado alrededor de la fogata que habían encendido en medio del claro. Recordaba eso tan bien como recordaba la manera en que la luz había parpadeado y flotado sobre la superficie grisácea de la Piedra Pagana.

Recordaba igual de bien las palabras que habían escrito y que habían recitado al unísono mientras Cal los convertía

en hermanos de sangre. Recordaba el dolor súbito cuando el cuchillo le rasgó la piel, y la sensación de las muñecas de Cal y Fox cuando las unieron a la suya para mezclar la sangre de los tres. Y la explosión, el calor y el frío, la fuerza y el miedo, cuando esa sangre mezclada tocó la tierra cicatrizada del claro.

Recordaba lo que había emergido de esa tierra, esa masa oscura, y la luz cegadora que la siguió. La maldad pura de lo negro y el brillo aturdidor de lo blanco.

Cuando todo hubo acabado, los moratones que tenía en la espalda habían desaparecido, ya no sentía dolor y en la mano tenía un tercio de una sanguinaria. Todavía llevaba consigo ese fragmento de piedra, al igual que, lo sabía bien, Fox y Cal llevaban cada uno el suyo. Tres partes de un todo. Gage suponía que ellos mismos lo eran también.

La locura se apoderó del pueblo esa semana y lo asoló como una plaga. Se apoderó de la voluntad de buena gente corriente y la hizo hacer cosas innombrables. Y durante siete días, cada siete años, volvía a irrumpir en la normalidad de Hawkins Hollow.

Y al igual que la plaga, Gage regresaba cada vez. ¿Qué otra opción le quedaba?

Desnudo y todavía húmedo por la ducha, Gage se tumbó sobre la cama. Todavía le quedaba tiempo, todavía había tiempo para unas cuantas manos más, para otras cuantas playas cálidas de palmeras meciéndose al viento. El bosque reverdecido y las montañas azules de Hawkins Hollow estaban a miles de kilómetros de distancia, hasta julio. Cerró los ojos y, como se había entrenado para hacerlo, se durmió casi de inmediato.

Y en sueños escuchó los gritos y el llanto, y vio el fuego que se comía ávidamente la madera, la tela y la carne. La sangre corrió cálida entre sus dedos al llevar a los heridos hacia

lugares más seguros. ¿Por cuánto tiempo?, se preguntó. ¿Dónde era seguro? ¿Y quién podría decir cuándo una víctima se convertiría en victimario?

La locura regía las calles de Hawkins Hollow.

En el sueño, Gage se vio con sus amigos de pie en el extremo sur de Main Street, al otro lado del Qwik Mart y sus cuatro surtidores de gasolina. El entrenador Moser, que había llevado a la victoria al equipo de fútbol Hawkins Hollow Bucks en la temporada del último año de secundaria de Gage, se carcajeaba mientras empapaba de gasolina el suelo, los edificios a su alrededor y a sí mismo con una de las mangueras de los surtidores.

Los tres corrieron hacia el hombre, al tiempo que Moser levantaba su mechero como un trofeo y saltaba en los charcos de gasolina como un niño en los charcos de lluvia. Y los tres amigos continuaron corriendo hacia él cuando el entrenador encendió el mechero.

Todo fue cuestión de una chispa y bum. Ardor en los ojos, reventón en los oídos. La fuerza del calor y la ola de aire lanzaron a Gage de espaldas y lo hicieron caer dolorosamente. Sólo veía fuego, nubes cegadoras de fuego que vomitaban violentamente fragmentos de madera y cemento mientras esquirlas de cristal y trozos retorcidos de metal volaban por todas partes.

Gage sintió que el brazo que se le había roto intentaba soldarse mientras la rodilla que se había astillado luchaba por curarse con un dolor más intenso que el que la lesión misma le había causado. Apretando los dientes, se dio la vuelta sobre sí mismo y lo que vio le detuvo el corazón: Cal yacía sobre el pavimento ardiendo como una antorcha.

«¡No, no, no!», gimió Gage al tiempo que se arrastraba hacia su amigo. Gritó y luchó por respirar entre el aire viciado.

Y entonces vio a Fox, boca abajo sobre un charco de sangre que crecía poco a poco.

Apareció. Una mancha negra en ese aire ardiente que tomó la forma de un hombre. El demonio le sonrió:

—No puedes curarte de la muerte, ¿verdad, muchacho?

Gage se despertó temblando y empapado en sudor. Se despertó con el sabor de gasolina quemada ardiéndole en la garganta.

Es la hora, pensó.

Se levantó y se vistió. Y una vez vestido, empezó a recoger para su viaje de regreso a Hawkins Hollow.

